

cuando hay  
dos juntos...  
¡es  
"Espléndido"!



si uno es  
bueno,  
el otro  
es  
mejor...



Garvey  
JEREZ

¡SOLO GARVEY SUPERA A GARVEY!

## western y realidad nacional

El western, calificado de «cine americano por excelencia», se hace europeo, y, concretamente, español. Una corriente que comenzó hace ya unos años va camino de institucionalizarse. El éxito internacional de «La muerte tenía un precio», de Sergio Leone —que ya se había mercado un buen tanto con su inmediato precedente, «Por un puñado de dólares»— ha acabado de consolidar un estado de cosas. «El precio de un hombre» —obsérvese la similitud de títulos—, de Eugenio Martín, es la última obra de la serie. Las similitudes con «La muerte tenía un precio» son innegables, desde el tema a la música, desde los decorados a la interpretación de Tomas Millán, que se inspira directamente en la de Gian Mario Volonte. El nivel de producto industrial no es menor, o lo es apenas. La película ha sido premiada por el Sindicato Nacional del Espectáculo y por la Dirección General de Cine, que le ha concedido, a través de un jurado compuesto por críticos de prestigio, una de las ayudas máximas que se otorgan anualmente a los films de especial interés... ¿Qué significado tiene todo esto? ¿Ha de ser el western *made in Spain* la única salida para una industria que, de nuevo, se encuentra en un momento de crisis? Si la respuesta es afirmativa, habrá que preocuparse seriamente. Y no se trata de reprochar a Eugenio Martín, que empezó su carrera con una de las pocas muestras medianamente válidas de un neorrealismo español, «Despedida de soltero», el que se haya pasado a la producción industrial. En absoluto. «El precio de un hombre», como «Hipnosis», es una película, como tal, más completa que aquella inicial. Ahora bien, si Eugenio Martín hubiera seguido ahondando en la investigación de la realidad nacional que allí se apuntaba a través de unas formas de sainete, nada nos dice que sus progresos en el dominio del lenguaje cinematográfico no hubieran sido iguales, si no mayores, que los que ha realizado en la senda a la que se ha visto lanzado; nada nos dice, en efecto, que Eugenio Martín sea un hombre llamado a contarnos cómo mueren los americanos mejor que cómo viven los españoles...

Simultáneamente al de «El precio de un hombre» ha tenido lugar en Madrid el estreno de un western «de origen», esto es, rodado en Estados Unidos. Se trata de «Duelo en Diablo», de Ralph Nelson, un director que no ha tenido hasta ahora un excesivo interés, pero que aquí se muestra capaz de imbuir una cierta dosis de personalidad a su obra, en la que, por otra parte, no faltan referencias directísimas a títulos concretos de John Ford, como «El sargento negro» y «El gran combate». La oposición racial blancos-indios pasa a través de la presencia de un jugador de ventaja y domador de caballos negro, lo que da al film un aspecto insólito que se complementa con una continua búsqueda de la sequedad y la severidad tanto en el tratamiento de personajes como en el del paisaje, hosco e inhóspito. Lástima que un guión excesivamente elaborado, en el que todo tiende a redondearse, a constituir un círculo cerrado, haga perder espontaneidad a la narración. Con todo, se trata de una obra más interesante que conseguida, pero que incita a la reflexión. De un western adulto, en suma, en el que existe un planteamiento bastante válido de una situación histórica determinada al mismo tiempo que una voluntad de salirse de los caminos trillados evidente.

Frente al laborioso esfuerzo de los western españoles o, en general, europeos, incluso los mejores, por llegar a una mecanización de la violencia, considerada como espectáculo y fin en sí misma, los americanos, incluso los de serie Z —y no es éste el caso de «Duelo en Diablo»—, tienen siempre la ventaja de la autenticidad; al formar parte de una tradición no sólo cinematográfica, sino también literaria, teatral y musical, sus elementos son los suficientemente sólidos como para que, aun cuando se trata solamente de la acción por la acción, del espectáculo en su sentido más puramente externo, subyace un poso de verdad que generalmente está ausente de los sucedáneos que se fabrican de este lado del Atlántico. Es evidente que, por mucho que se quiera, resulta punto menos que imposible el asimilar una serie de cuestiones que forman parte del meollo de la historia de un país alejado no sólo en kilómetros, sino a muchas otras escalas. Cualquier medio de expresión requiere, por parte de quien se sirve de él, una conexión con la realidad que le sirve de materia prima. En otro caso, se podrá llegar a la elaboración de productos válidos en cuanto tales, a la fabricación de objetos de consumo más o menos bien acabados, pero nunca a auténticas obras de creación. Es en este terreno en el que hay que plantearse la insuficiencia de los western europeos, al margen de sus aciertos, de la mayor o menor verosimilitud de paisajes y decorados, de la participación en ellos de actores que han hecho ya sus pruebas en western auténticos. Faltará en ellos siempre ese elemento catalizador que es la asunción de una cultura desprovista de mayúsculas, de la que son parte integrante tanto la literatura como la balada, la historia como la crónica periodística. La figura de un Wyatt Earp, por ejemplo —por citar sólo una de las que con frecuencia aparecen en los western de aquí y de allá—, nunca puede ir cargada de la misma significación en la obra de quien ha convivido con su leyenda desde la infancia y en la de quien se ha acercado a ella por vías únicamente especulativas y tardamente. Y lo que es aplicable a figuras individuales lo es igualmente a momentos históricos, a localizaciones topográficas. De ahí el abismo.

CESAR SANTOS FONTENLA